

QUEREMOS VER A JESÚS

(Jn 12,20-33)

En aquel tiempo, ²⁰ había algunos griegos de los que subían a adorar en la fiesta. ²¹ Éstos se dirigieron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le rogaron: «Señor, queremos ver a Jesús». ²² Felipe fue a decírselo a Andrés; Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. ²³ Jesús les respondió: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo de hombre. ²⁴ En verdad, en verdad les digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. ²⁵ El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna. ²⁶ Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará. ²⁷ Ahora mi alma está turbada. Y ¿que voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto! ²⁸ Padre, glorifica tu Nombre». Vino entonces una voz del cielo: «Le he glorificado y de nuevo le glorificaré». ²⁹ La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno. Otros decían: «Le ha hablado un ángel». ³⁰ Jesús respondió: «No ha venido esta voz por mí, sino por vosotros. ³¹ Ahora es el juicio de este mundo; ahora el Príncipe de este mundo será derribado. ³² Y yo cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí». ³³ Decía esto para significar de qué muerte iba a morir.

Ya estamos en vísperas de la semana Santa. Todos caminamos hacia ella. Es la semana de la glorificación de Dios y también de la glorificación del hombre, es decir, de la glorificación de la divinidad y glorificación de la humanidad. Tal como suena y tal como significa. Dios toca lo más profundo del tormento humano como es la muerte y el hombre palpa la virtud más profunda de la divinidad como es la misericordia (“El nombre de Dios es misericordia”, es el título que le puso el Papa Francisco a uno de sus principales libros). Dios se humanizó, durante aquella semana, para rescatar la naturaleza humana y el hombre se divinizó otorgándole el lado humano que le faltaba a la divinidad. Misterio de los misterios, este es el misterio. No apagues ni eclipses tu humanidad. Mira que el Señor se encarnó para vivir con tu humanidad.

La Pascua

El texto que acabamos de leer, que corresponde al capítulo 12 de Juan, es precedido por la narración de la entrada mesiánica y triunfante en la ciudad de Jerusalén. Es decir, se trata del domingo de ramos (12,12-19). Los judíos subieron a Jerusalén para prepararse para celebrar la «Fiesta», como dice el texto (20), o sea, la fiesta más importante del año: La Pascua. Subieron como peregrinos para ofrecer holocaustos al Señor, a lo igual que cada año desde que salieron de Egipto. Subieron para ofrecer bueyes, toros, carneros y hasta unas baratísimas palomas. Comprar, regatear, escoger, cambiar se convirtió para mucho de ellos, lo más importante de aquella Semana. Se pierde así, como lo reflexionamos hace dos semanas, el verdadero sentido del culto y de la religión. Ya no interesa buscar una relación íntima con el Libertador, sino cuántos animales se puede ofrecer y mejor si es a la vista de todos. El que camina así se enceguece y ya no se daban cuenta de nada. No sabe quién camina por el Templo ni qué cosa está por suceder.

Subieron también al Templo unos «griegos», cuenta Juan (20a). Pero éstos, a diferencia de aquellos, si sabían el motivo: dar «culto» al Señor (20b), o como dice en griego, «adorar» al Señor (*proskyneó*). Curioso. Los «griegos», otra manera de decir «paganos», mostraban mucha más fe y mucho más sentido religioso. Eran los famosos “prosélitos”, buscadores del Dios Vivo, que se convertían al judaísmo, como sucedió con el Centurión romano y tantos otros. A estos se les permitía caminar por la tremenda explanada del Templo pero jamás de los jamases podían cruzar el umbral del *Santo Sanctorum*, reservado exclusivamente a los judíos. Si lo hacían, pena capital. Lo curioso de este esto es precisamente el primer versículo. Generalmente, los convertidos poseen una sensibilidad religiosa mucho más desarrollada que los habituales y aburridos creyentes (busca libros de los convertidos y entenderás). Fíjate en los griegos, no solo entendieron la finalidad del culto, sino que además se dieron cuenta quién camina por el Templo y qué estaba por venir. Curioso, los paganos, no los píos frequentadores del Templo.

Los griegos

Detengámonos un momento y preguntémonos ¿por qué buscan a Jesús? «Se dirigieron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le rogaron: “Señor, queremos ver a Jesús”» (21c). No dice nada más el texto. Ni el motivo ni el por qué. Se ha especulado mucho sobre esto y se han escrito bellísimas páginas como la de Fulton J. Sheen, en su libro “Vida de Cristo”. Decir griego en aquella época, significaba muchas cosas. Eran amantes de la filosofía. Hombres de ciencia y conocimiento. Valoraban el saber, la antropología pero sobre todo al hombre sabio y culto. Se dedicaban en cuerpo y alma a la búsqueda de la sabiduría. Iban detrás del gurú del momento. Estimaban demasiado un maestro. Aristóteles recorrió muchísimo, desde Estagira hasta Atenas en busca del famoso Platón. No solo conocieron pensamientos bien estructurados, sino personas valiosísimas que les mostraron el sentido de la vida. Lo jóvenes atenienses fueron privilegiados. Conocieron buenos ejemplos, como Sócrates que prefirió tomar la cicuta y morir antes de dar un mal ejemplo. No tenían reparos en ir detrás, incluso si había que recorrer mucho espacio, para encontrar aquel que (de)muestre el ideal del hombre y el sentido de la verdadera felicidad. Así es como se movían más o menos en la época de Jesús los griegos, como lo hicieron los epicúreos y estoicos, por ejemplo. Con ese bagaje detrás de las espaldas, unos valerosos griegos se interesaron aquel día por el Maestro. Probablemente escucharon su doctrina o tal vez lo vieron entrar triunfante en Jerusalén sin pompas ni algarabías superficiales, sino humilde montado en un borrico. Tal vez lo vieron expulsar a la gente irreligiosa y limpiar el Templo; o tal vez, llegaron a sus oídos que la vida de Jesús, el Maestro, corría peligro. Ya habían sufrido estupefactos la muerte de otro sabio, como fue Sócrates. Probablemente, sí, buscan al Maestro para advertirle o para aconsejarle que deje aquella peligrosa ciudad.

Queremos ver a Jesús

Juan no utiliza el verbo *blepó* que significa «mirar», sino el verbo *oraó* (21c), que significa «ver en profundidad, mirar con detenimiento y atención, observar». Aquellos griegos «quieren observar con atención al Maestro y ver en profundidad su naturaleza, su alma, su corazón»: «Señor, queremos ver a Jesús». No es una petición accidental o circunstancial. Quizás les impactó, como a los judíos, su doctrina nueva (Mc 1,27) o el poder de sus milagros (Mc 2,12) o la sabiduría con la cual enseña las cosas (Mc 6,2); o quizás les llamó la atención la libertad del Maestro y su gusto por dar, porque dando uno adquiere la felicidad, y porque «no hay amor más grande que dar la vida por los

amigos». Probablemente con estos pensamientos, aquellos griegos se acercaron a Felipe que también era griego, igual que su hermano Andrés, para decirle: “Señor, queremos ver a Jesús”» (21c). Nosotros también queremos ver al Maestro. Nosotros también en esta semana que viene queremos ver lo que hace Jesús y escuchar lo que dice; pero sobre todo queremos ver su ejemplo, que no es sino ejemplo de donación, ejemplo de amor, ejemplo de felicidad (Jn 15,13).

Glorificación el hombre

La respuesta de Jesús, digámoslo inmediatamente, es paradójica. Casi como que no oye la petición. Casi como que ignora al otro. Casi como que se muestra evasivo. Pero nada de eso. Todo lo contrario. Si la glorificación del hombre para los griegos es la exaltación de la belleza, la armonía física, el dominio de las elucubraciones silogísticas – por un lado – la riqueza económica, la libertad de elección, la ciudadanía protectora, el egoísmo estoico – por otro lado – la glorificación del hombre, para el Nazareno, tiene otro rumbo: la humildad, el perdón y la donación de la propia vida. Este es el “hombre” que ha venido a exaltar el Nazareno. Qué doctrina extraña Maestro. Así es. Es una doctrina nueva y extraña: Porque «El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna» (25). Así es como ahora se glorifica el hombre. Diles a los griegos y diles a los nuevos filósofos que están chapoteando en el charco de sus elucubraciones.